

Terminada su jornada laboral, Lina muta y se convierte en princesa de la contracultura local. Lina representa su acto, todas las noches, en un café inequívoca y decididamente bohemia del centro de la ciudad. Allí, Lina escenifica y monologa la vida y muerte de Joan Vollmer, la desafortunada esposa de William S. Burroughs a la que el autor de *Naked Lunch* le clavó una bala en la sien mientras jugaban a William Tell. Esa misma noche, luego de concluidas las actividades hospitalarias-recreacionales, Penélope pretexta un dolor de cabeza y se escapa de Monte Karma y llega hasta el bar *Carpe Noctem*. Lina ha dejado su nombre apuntado en una lista y Penélope es recibida por los dueños del bar. Son dos extranjeros –uno flaco y triste y uno inmenso y expansivamente feliz– cuya nacionalidad original parece haberse desdibujado como esos pasaportes de cubierta gastada y páginas donde ya no cabe ni un sello más. Son extranjeros profesionales. «Parecen dos de esos actores secundarios de primera de *Casablanca*», piensa Penélope mientras el flaco la lleva hasta una mesa y el gigante le sirve ron hasta los bordes de un vaso largo y en la juke-box parece sonar, todo el tiempo, como una plegaria pop, algo que habla de las intermitencias del corazón o algo así. En el escenario, con un agujero rojo en un costado de su cabeza, Lina está sentada frente a un televisor que no emite nada. Lina es Joan Vollmer, emitiendo su muerte y vida desde las profundidades de un inframundo precolombino, sentada frente a un televisor. En el cuerpo y la voz de Lina, Joan Vollmer odia a los beatniks y no se resigna a ser un miembro menor en el cuerpo de lo beat.